

Ernesto de la Peña

Chimalistac lírico

Edgar Esquivel

Lo cotidiano era verle ahí. Socavo los hechos reales al invocar la memoria personal pero la escena es ésta: Ernesto de la Peña llegaba a media mañana vistiendo *tweed* y chaleco, libro en mano y a veces bastón; entraba en la casona de Chimalistac, barrio señorial del sur de la Ciudad de México —sede del Centro de Estudios de Ciencias y Humanidades de la Fundación Telmex— sintiéndose uno más de los jóvenes universitarios que ahí gozábamos de un espacio para trabajar y porfiar en el lúdico aprendizaje. Aquello fue una suerte de hogar diurno, entre-acto del trajín de las aulas convencionales de los distintos centros educativos a los que pertenecíamos y que se convirtió para muchos de nosotros, asiduos visitantes con derecho de piso, en una alternativa de edificante convivencia multidisciplinaria.

En el ir y venir de los días el maestro De la Peña fue decididamente atento y sonriente, saludaba a quien se le cruzara, caminaba despacio por los pasillos donde se desplegaban mesas con computadoras repletas de papeles y libros. Debajo de su prominente barba blanca y expectante mirada que reflejaba su curiosidad por los hechos y los dichos del mundo, que ya era digital, despachaba en su estudio-oficina dispuesto a vérselas con palabras e ideas, atender pendientes comunes o preparar alguna de sus conferencias, cápsulas para los medios o los cursos que de vez en vez nos impartió: griego, latín, iniciación a la ópera, religión, orígenes de la filosofía. Podíamos ser unos cuantos ahí sentados frente a él, pero su atención era generosa: mientras limpiaba sus anteojos o nos corregía en el modo de formular preguntas explicaba símbolos y declinaciones, contaba alguna anécdota sobre la esencia del latín; hablaba con devoción de Homero, Sócrates, de los Evange-

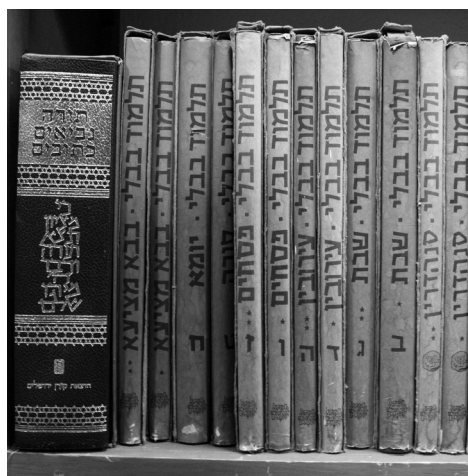
lios, tal vez Caruso o Toscanini, Goethe y Wagner, siempre Wagner. Lo cierto es que compartimos muros y horas con un humanista de pura cepa. De don Ernesto solamente nos separaba su asombrosa biblioteca que resultaba ser también *nuestro* acervo para consultas y divertimento. Incluso disfrutábamos de otro de sus tesoros: una espléndida colección de acetatos de ópera y música clásica.

Un momento decisivo para mí fue la tarde en que sentado alrededor de una docena de atentos espectadores nos reveló lo que para él era uno de los encantos secretos de *En busca del tiempo perdido* de Proust. El carácter y la estructura narrativa del célebre texto tenían para él una lógica especial (además del innovador manejo de situaciones y el tiempo en los personajes) que se derivaba evidentemente de la posesión que él tenía de los idiomas (los estudio para leer literatura en su habla original, decía), dando por resultado una explicación incisivamente técnica, pero no por ello menos emotiva, al instante de mostrarnos lo que consideraba un delicioso descubrimiento: mucho de las formas de la escritura alemana había en Proust. El largo aliento de

los párrafos, la secuencia poco interrumpida y sinuosa de las oraciones o la recurrente develación del sentido de las palabras hallada sólo al final de cada fragmento eran, según don Ernesto, propios de la narrativa germana. ¿Cómo y por qué arraigaron en el referente de las letras francesas?

Movía las manos al hablar y con efusiva convicción de que esa peculiaridad era en sí misma asombrosa no reparaba en que ese detalle de erudición, socializado ante un auditorio no especializado, hizo mella en nuestra percepción sobre la literatura. Nos adentró en sus terrenos al advertirnos sobre el hecho de que si la poesía nos enunciara —a los hombres— en tiempo y espacio mayores la “herrumbre que amenaza” nuestra dialéctica esencial sería menos dolorosa. De la composición de las palabras hay un desprendimiento sensorial que nos libera y vertebra, donde el atractivo de la vida es justamente su indefinición. Lo imprevisible yace en la literatura, el lenguaje, la palabra, la razón misma.

Desconozco en qué medida hay una regla o tendencia en estas circunstancias, pero hoy me lo parece así: el hecho de recordar una convivencia cercana y en mucho privilegiada con uno de los últimos pensadores mexicanos —auténtico y pleno— del siglo xx, delinea la vasta y terrible dimensión de su ausencia. Puede afirmarse que la orfandad de su saber y compañía, así como de sus temores y expectativas, es propia de quienes le escuchamos con interés pero incluso en los escépticos hay pérdida. De cualquier forma habrá secuelas en su premisa de que leer el mundo es conocerlo, pensarlo y sentirlo desde otras estrategias que, en pulcro silencio, humanizarán de nuevo la alteridad aprovechando la “obscuridad lírica” que nos resta. **u**



Libros de Ernesto de la Peña en el Centro de Estudios de Ciencias y Humanidades de la Fundación TELMEX